

LIBROS

Pola Oloixarac
BAD HOMBRE

Byung-Chul Han
EL ESPÍRITU DE LA ESPERANZA

John Bayley
ELEGÍA A IRIS

John Gray
LOS NUEVOS LEVIATANES.
REFLEXIONES PARA DESPUÉS DEL
LIBERALISMO

Nemesio Fernández-Cuesta
NO SE TRATA DE SI ES VERDE O NO, SINO DE SI
ELIMINA O REDUCE EMISIONES

Jordi Canal
CONTAR ESPAÑA.
UNA HISTORIA
CONTEMPORÁNEA EN
DOCE NOVELAS

Ernesto Cardenal
PROSAS DISPERSAS

NOVELA

Nuevo feminismo pagano

por **Aloma Rodríguez**



Pola Oloixarac
BAD HOMBRE
Barcelona, Random House,
2024, 222 pp.

Según cuenta la escritora argentina Pola Oloixarac en su libro *Bad hombre*, entre 2016 y 2018 algunas mujeres se pusieron en contacto con ella para animarla a participar en una misión: “querían arruinarles la vida a ciertos hombres. [...] Ellas no se conocían entre sí, pero yo conocía a algunos de los hombres en cuestión, y por eso me escribían. El plan era unirnos para darles un castigo ejemplar: que las vidas normales de estos hombres, tal como habían transcurrido hasta entonces, desaparecieran bajo los escombros de una revelación que los marcaría de manera irreversible”. Visto ahora a toro pasado, podríamos decir que el plan funcionó a medias. Pero vayamos a *Bad hombre*, donde Oloixarac reúne algunos de esos casos en los que otras mujeres le pidieron colaboración.

Está una antigua compañera de la facultad que acusa a Oloixarac de negacionista del Holocausto poco antes de que acuda presentar la traducción de una de sus novelas en un festival en Alemania. Lo que motiva esta acusación es que Oloixarac no se puso del lado de su antigua amiga cuando esta acusó a un exnovio de haberle pasado un herpes: “Esto es violencia de género”, le escribe la amiga pidiéndole que se sume al señalamiento en redes. Aquí el señalado es Tobías, un pintor cuyo punto de atracción “se ubicaba esencialmente en la majestad de su tricornio inferior”; es decir, en “la *boa constrictor* de carne humana que aguardaba bajo el vientre”.

El caso de Laurent, profesor en La Sorbona que queda apartado un año y pierde la carrera por el puesto que esperaba conseguir, además de los costes personales, divorcio, etc., parece una trampa: recibía fotos de una muchacha con las que se masturbaba, nunca se vieron, nunca quedaron, solo conversaciones por internet y esas fotos de ella hacia él. Bastaron para hacerle caer. Luego están Mireya, periodista y líder feminista, y el Perro, eterno *freelance* y seductor incansable. Son medio novios, se acuestan con frecuencia y los dos quedan satisfechos, pero en un festival, tras un intento de sumar más elementos al baile, la cosa

se tuerce y Mireya lanza sus huestes contra el Perro: ¿quién se resiste a la belleza de la líder feminista agredida por el macho? Otro de los casos que cuenta Oloixarac sucede en San Francisco. Allí, un grupo de escritores pretende *cancelar* a otro compañero al que acusan de ser un violador en serie. Ante la greavedad, Oloixarac quiere indagar y denunciar a la policía, pero no consigue que le cuenten una versión completa de los hechos. Termina por confrontar directamente al acusado.

La habilidad de Oloixarac está en que al hilo de estos casos, que a veces quedan más cerca del salseo que de lo que podría considerarse agresión, va añadiendo asuntos del momento —de la primera victoria de Trump, creador del sintagma “bad hombre”, a un videoclip de Cardi B—, echa mano de filósofos y escritores y llega a Hobbes y al Leviatán a través de Kali, deidad hindú que se enfrenta al demonio Rajtubija. Cita a Camille Paglia cuando dice que “los hombres inventaron la cultura para defenderse del poder de la mujer”. Oloixarac escribe: “Pero en un escenario en el que, ya no el sexo sino *ser mujer* se encuentra desrelegado, en el que cualquier humano puede elegir ser mujer, o reproducirse sin pasar por la máquina hembra, quizás recuperar el poder de la destrucción sobre las vidas ajenas era una

forma de hacer resurgir un feminismo pagano. Que esas diosas idas regresaran con trajes nuevos y volvieran a recorrer la Tierra”.

Hay también un episodio cómico y otro trágico. Primero la risa: OneTaste, empresa fundada por Nicole D. —así la llama Oloixarac, Deadone en Wikipedia— que pretende ser, según su fundadora, “una cadena de placer que fuera como los supermercados orgánicos, diversa, sana y masiva”. Oloixarac coincide con ella en Singularity University, donde Nicole D. ofrece un *pitch* sobre su empresa: “Nos invitaba a imaginar el impacto de una comunidad capaz de brindar orgasmos a todas las mujeres del mundo. En cualquier momento, en cualquier lugar.” Un poco más adelante, sigue Oloixarac: “Pero a mí no necesitaba convencerme, yo estaba hipnotizada: ¡al fin encontraba una secta californiana! Una auténtica secta en pleno proceso de adquisición de miembros, que lo tenía todo: cultura *startup*, sexo comunal, ansias de conquistar el mundo pensándose como una disrupción de la vida tal y como la conocemos, que ubica en el cuerpo la fuente inagotable de capital y de placer. Y una mujer como Nicole en el centro [...]. Una superheroína capaz de domar las fuerzas del capital hasta ponerlo de rodillas ante la llegada inminente de la Nueva Era del Orgasmo Femenino. Me tenía desde el minuto uno.” La secta de masturbadores femeninos acabó como casi todas las sectas: en juicio y condena.

Y ahora, la tragedia: la tía abuela de Oloixarac murió asesinada a golpes por su pareja, Vizcarra, que la mató y luego la paseó en carro ensangrentada. Ana Byrne tenía tres hijos. “Mi tía abuela no merecía morir desnuda en un corredor, llorando por su vida, pidiendo que la soltaran, que la dejaran vivir. Todavía es así como viven y mueren las mujeres en los márgenes de la sociedad; nos unimos a ellas en una foto fantasmal cuando defendemos los derechos de las mujeres como

una causa justa”, escribe Oloixarac. E inmediatamente pregunta: “¿Pero es justo usar el sufrimiento de Ana y de tantas mujeres asesinadas como la coartada virtuosa que disimula las venganzas personales? ¿Es ese desplazamiento, esa democratización de lo que significa la violencia, justo?”.

En *Bad hombre* Pola Oloixarac señala los excesos propiciados por el momento MeToo y la ola de reparación y corrección del machismo; es un libro que invita a la polémica, es decir, a la conversación, y que confirma a Oloixarac como detectora de ángulos ciegos en los asuntos candentes. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2024 reeditó *Los idiotas prefieren la montaña* (La Navaja Suiza).

FILOSOFÍA

El espíritu de la esperanza anda suelto

por **Reyes Mate**



Byung-Chul Han
EL ESPÍRITU
DE LA ESPERANZA
Traducción de Alberto Ciria
Barcelona, Herder, 2024,
144 pp.

Byung-Chul Han es un filósofo surcoreano, afincado en Alemania, con proyección mundial. Consigue en libros breves recoger las grandes preguntas de nuestro tiempo aunando rigor y sencillez. *El espíritu de la esperanza* es su última publicación, que se presenta como una novedad porque abandona los temas sombríos y el tono pesimista de sus libros anteriores, en favor “de una alentadora visión del hombre”. El santo y seña del giro es la esperanza, presentada como la gran palanca para la construcción de un nuevo tiempo.

Arranca la reflexión acogiéndose a la idea de Kafka, luego desarrollada

por Walter Benjamin, de que “solo por los desesperados nos es dada la esperanza”, que el autor traduce diciendo “la esperanza más íntima nace de la desesperación más profunda”. El desesperado, en efecto, no es un conformista que acepta estoicamente su mala suerte, sino alguien que se rebela contra ella porque echa de menos la felicidad y la reclama. Ahí anida el gesto de esperanza.

Motivos para andar desesperados hay muchos, no hay más que seguir el catálogo de sus propios libros. Este autor es como un detective que persigue sin descanso todas las asechanzas del neoliberalismo: la voracidad suicida del capitalismo, el cansancio de Europa, la pérdida de tradiciones, la soledad del hombre moderno, la acedia del consumismo...

Ante un panorama semejante, que el libro da por sentado, caben dos actitudes: el miedo o la esperanza. La que domina es la primera, por eso el libro comienza así: “Merodea el fantasma del miedo.” El miedo, en efecto, resume toda la desesperanza. Miedo a un presente inhóspito y a un futuro apocalíptico. El miedo guarda la viña, la del capitalismo mayormente, y aliena el consumismo. La crítica al miedo es fundamental en un libro sobre la esperanza porque “el miedo nos cierra las puertas a lo distinto”. Nos encierra en nosotros mismos y en lo que hay. Basta echar un vistazo a nuestro alrededor para constatar que el miedo es la actitud dominante en un tiempo, el nuestro, con tantas razones para el pesimismo.

Pero no es la única actitud posible. Mejor dicho, no tiene por qué ser la única. Cabe la esperanza. El autor lo da por hecho, sin explicar por qué. Da a entender que esa posibilidad es convicción de una sabiduría antigua que encontramos en los mitos y que ha tenido valerosos defensores. Recuerda, en efecto, que en la mitología griega, Elpis, la diosa de la esperanza, es hija de Nix, la diosa de la noche. Este convencimiento de que

tras la noche viene el día, de que en el sufrimiento anida la esperanza, lo encontramos en San Pablo pero también en alguien tan antipaulino como Nietzsche (“la esperanza, un arco iris que emerge del espumaje”). La expresión poética más audaz es la que expresa Friedrich Hölderlin: “cuando hay peligro, crece lo que salva”.

Dar por sentado que existe la esperanza no significa que sea evidente. Pensar en medio del sufrimiento que la vida tiene un sentido es algo que relaciona la esperanza con el milagro, decía Péguy. Porque no se trata de encontrar una explicación a la negatividad (algo que sí hace Hegel), sino de tener una respuesta que nos salve. No se trata, como dice Santo Tomás, de satisfacer un deseo cualquiera, sino de responder a preguntas cuya respuesta no está al alcance de la mano, por muy humanas que sean. Ese es el milagro de la esperanza que a Péguy le parecía más misterioso que la fe y el amor pues tenía la pretensión de conjurar toda la realidad (y no solo la interior).

El autor no se hace estas preguntas pero las sobreentiende porque distingue la novedad que promete la esperanza del optimismo y de la razón. El optimista apunta a algo que tiene a tiro, mientras que la esperanza tiene que advenir. La razón, por su parte, se afana en lo existente, pero se declara incompetente respecto a lo venidero o nonato. Como decía Nietzsche, “aquí se está gestando algo que será mayor que nosotros”.

Para calibrar el alcance de la esperanza me parece de mayor interés la polémica con Arendt que de repente introduce el autor y que podría despistar. Lo que se debate es el alcance de la acción humana, su apertura, su capacidad de novedad. Arendt concentra en el concepto de “acción” el acto humano por excelencia. El ser humano puede obrar de varias maneras, pero cuando ejerce como tal es en la “acción”, que al ser un acto libre y racional se convierte en un verdadero *actus humanus* (y no un mero *actus*

hominis). El problema de la acción es que tiene un límite fatídico: cuando actúas libremente pones en marcha una cadena de consecuencias, muchas de las cuales tú no querías. Esas consecuencias cuestionan el crédito de tus decisiones libres, de tus “acciones”, como si anularas una parte de tu capacidad creativa. Solo recuperarías tu capacidad de acción si te liberaras o te liberaran de toda relación con esa parte muerta de tu libertad. Y eso es lo que consigue, según Arendt, el perdón. Gracias al perdón recuperamos la plenitud de acción, quedamos libres para nuevas empresas. Retengamos pues la idea de que Arendt remite el ser humano a su capacidad de novedad, es decir, de creación. Esa es la expresión de la libertad y de la dignidad humana.

Para Byung-Chul Han, por el contrario, lo que propicia la novedad, lo que activa las posibilidades latentes, lo que alimenta la creación, no es el perdón sino la esperanza, porque el perdón se mantiene en el campo de la acción y ese campo es inmanente. Por muy libres y creativos que seamos, la acción humana solo dará de sí lo que esté en sus potencialidades. Su capacidad de novedad está limitada a las potencialidades inherentes al ser humano. Pero el ser humano, piensa Byung-Chul Han, puede abrirse a novedades que le superan. Aunque superen sus fuerzas, puede acogerlas si le advienen, y en ese sentido son humanas, pues la acogida no hace descarrilar al ser humano sino que le completa.

La esperanza digna de ese nombre incluye la novedad que le pueda advenir, por eso, dice, es trascendental (no inmanente) y escatológica, porque incluye la pregunta que la muerte plantea a la vida. El autor, llegado a este punto, no tiene inconveniente en citar al teólogo Jürgen Moltmann, el autor de una *Teología de la esperanza*, para quien “la esperanza cristiana se refiere a un *novum ultimum*, a la nueva creación de todas las cosas por el Dios

de la resurrección de Cristo”. Las respuestas reales a las grandes preguntas son del orden de la gracia y no de la acción.

Esta invocación de la esperanza teologal en un libro de filosofía sobre la esperanza no puede pasar desapercibida. ¿Significa, como dice el teólogo católico J. B. Metz, que la esperanza o es teologal o es una estafa? ¿Será verdad, como decía Pablo, que sin la fe en la resurrección toda esperanza es vana? El autor surcoreano acaba de decir que la esperanza alcanza mucho más que la razón, con lo que su filosofía no solo incluye lo racional sino también lo razonable. Pero quien hable de esperanza –y no de deseo o de espera– tiene que contar no con lo que tiene sino con lo que le adviene, como un don.

El autor llega a este punto en el momento más intenso de su discurso, escenificado como una polémica con Hannah Arendt: frente a la centralidad de la acción, la del don; frente a la creatividad de la libertad, la novedad de la gracia; frente a la satisfacción de un deseo, la redención. A nadie se le puede pasar por alto lo que esto supone, tampoco al autor, quien, tras ascender a esa cumbre, siente vértigo y comienza a flaquear. La esperanza teologal basada en la fe en la resurrección empieza a ser otra cosa: “una porfía” o esfuerzo por sacudirse la desesperanza; una expresión poética, incluso una utopía que, como todo el mundo sabe, nunca se cumple porque es por definición asintótica (“un mensaje que nunca llega a su meta”)... Se va diluyendo la substancia de la esperanza teologal que era confianza en la realización de la promesa. A partir de ese momento, el discurso se tranquiliza, como si despertara de un sueño que hubiera confundido lo soñado con la realidad.

Aunque esto fuera verdad en el caso del autor convendría, antes de decretar que fue un sueño, preguntarse por qué la referencia teologal no ha podido arraigar, ¿por qué da vértigo?

Digamos, para empezar, que el lenguaje de la esperanza teologal no se lleva porque es extraño a un mundo cuya racionalidad quiere ser secularizada. La separación actual entre razón y fe, filosofía y teología, no la encontramos, por supuesto, en las filosofías de Santo Tomás ni San Agustín, pero tampoco en las de Spinoza o Hegel. El problema de esa escisión, por muy fundada que esté, es que no hace justicia a la realidad. Estamos rodeados de ecos o rumores de ángeles que escapan al radar racional pero que encuentran cobijo en zonas ocultas del espíritu moderno. Quien ha captado esa situación es Kafka. Cuando, contra la generación asimilada de su padre, quiso hacer valer la tradición judía, se dio cuenta de que era imposible, porque, ¿cómo hacer valer valores judíos si la sociedad no tenía ningún oído para la tradición? El drama de su tiempo es que sobrevivían determinados valores como restos de un naufragio pero sin relación a un contexto que lo justificara. Por ejemplo, la vergüenza. Se dice de los asesinos de Joseph K que, tras la ejecución, “les sobrevivió la vergüenza”. Pero ¿por qué avergonzarse si ellos solo eran ejecutores de una orden del Tribunal? Solo se explica si relacionamos la ejecución con el bíblico mandato del “no matarás”. Pero toda esa novela, *El proceso*, lo que muestra es lo absurdo de un mundo donde no hay ley y sí mucho desorden. Un buen comentarista de Kafka, Gershom Scholem, decía que la obra de Kafka se desarrolla en un mundo donde “hay valores sin justificación” (*Geltung ohne Bedeutung*). Hemos citado la vergüenza, pero en la misma situación se sitúa la esperanza. El ser humano moderno siente la necesidad de la esperanza, pero carece de una cultura que le permita entenderla y asumirla. Cuando se consigue entenderla, gracias a un esfuerzo filosófico, la afirmación no arraiga sino que decae porque el terreno no da para más. Lo que hace Kafka es describir la melancolía de un mundo entregado a la pura

inmanencia. Si no se puede verbalizar lo que falta, solo queda mostrar lo absurdo de lo que queda. Sus personajes buscan sentido a un mundo que no lo tiene porque la ley (que en él es sinónimo de revelación o sentido, ligados a la cultura bíblica) se ha eclipsado dejando, sin embargo, una sombra que pese a todo alimenta, como bien reconocía Nietzsche, el horizonte de nuestra cultura. *El espíritu de la esperanza* tiene el valor de adentrarse en esas profundidades pero da marcha atrás cuando siente que no hace pie. La cuestión principal queda en todo caso abierta: una esperanza inmanente, como la que encarna la utopía, ¿es la última encarnación de la astucia de la razón o hay que tener en cuenta su dimensión trascendente? Byung-Chul Han, que tiene el mérito de haber planteado claramente el problema, lo deja abierto. ~

REYES MATE es profesor de investigación *ad honorem* del CSIC en el Instituto de Filosofía. En 2024 publicó *Babel* (Trotta).

MEMORIAS

Otra extraña pareja: Murdoch y Bayley

por **Bárbara Mingo Costales**



John Bayley
ELEGÍA A IRIS
Traducción de Fernando Borrajo
Barcelona, Elba, 2024, 263 pp.

Cada pareja es un mundo, y nadie de fuera puede entender lo que pasa ahí dentro. Pienso en eso porque acabo de leer *Elegía a Iris*, uno de los libros que el marido de Iris Murdoch, el crítico John Bayley, escribió sobre su convivencia de cuarenta años con la novelista. Lo ha vuelto a publicar recientemente la editorial Elba, con la traducción de Fernando Borrajo que salió

en Alianza hace veinticinco años, que fue cuando se publicó originalmente en el Reino Unido y también cuando se murió Murdoch. John Bayley escribió tres libros con su mujer como tema; este recuerda cómo se conocieron y los primeros años de su matrimonio, alternando constantes incursiones a la actualidad, con Iris ya enferma de Alzheimer. El capítulo final tiene forma de diario, escrito contemporáneamente a los hechos, y acaba el día de Navidad de 1997.

Desde el principio el libro tiene encanto, resulta muy agradable de leer. No es solo la posibilidad de conocer algo más sobre la escritora, de asomarse a una intimidad que quizá no fue determinante para su obra, pero sí atractiva para sus seguidores. El punto de vista de Bayley es especial, su escritura tiene ritmo y gracia y elige episodios interesantes o encantadores de la vida del matrimonio. Los recuerdos de las primeras veces que se vieron participan del encanto del inicio del amor de las parejas en general, como cuando se van a cenar juntos por primera vez y él está asustado por si no le llega para pagar la cuenta; tienen encanto las torpezas que cometen los interesados en su afán por acercarse al otro, las suposiciones que rodean y alientan el amor. También atisbamos algo del ambiente oxoniano de los primeros cincuenta, y de los alrededores de la ciudad, como en qué recodos de qué arroyos podía bañarse uno los días más calurosos del verano, pero también qué amistades se hacían y deshacían y cómo llevaba cada cual su carrera literaria.

En su recuerdo de los días en que se conocieron, Bayley se muestra inseguro y ella, vista a través de sus ojos, libre y misteriosa. Percibimos el carisma de Murdoch tal y como lo percibía él. Ya en su primera aparición queda claro que ella no es una chica como las demás, como se suele decir. Tampoco como intelectual se parece a los demás. La descripción de su carácter se disemina a lo largo de todo el texto, que parece escrito siguiendo el

hilo de la evocación. Por qué nos cuenta Bayley los episodios que nos cuenta, y no otros, parece decidido por el albur de la memoria. De su luna de miel, por ejemplo, recuerda algunos detalles interesantes y vivos, como lo desiertas que estaban las carreteras de Francia hace 75 años –y flanqueadas por olmos–, o cómo era alguien que les atendió en un pequeño restaurante. Los recién casados viajan también por el norte de Italia, y a juzgar por lo que les gusta hacer como turistas, parecen una buena compañía (“Aquel día comimos nuestros espaguetis con gran satisfacción, porque, después de contemplar un cuadro hermoso o de leer un buen libro, siempre te atribuyes, aunque sea de manera insignificante, parte del mérito”).

La manera de seguir los desvíos de la memoria refuerza el carácter íntimo del libro y sugiere también lo azaroso de los acontecimientos que van tejiendo una vida. El libro da la sensación de una evocación monologada, casi nos deja ver la butaca que se va quedando en penumbra en un rincón porque aunque se ha ido haciendo de noche no hemos encendido la lámpara. Los recuerdos se alternan con la alusión a escenas del momento en el que se escribe, a veces por comparación. La Iris Murdoch del presente ha olvidado quién es, y aparece de vez en cuando. Bayley la cuida solo; a veces se queja, a veces siente una gran ternura por ella, a veces dice que no puede más, a veces hace reflexiones sobre la identidad, pero la sensación general es cálida. Él ya no puede comunicarse bien con su mujer, y tiene que recurrir a tonos de voz o chistes muy sencillos para hacerlo, pero lo cierto es que a lo largo del relato de su vida en común nos hemos encontrado muchas veces con la constatación de una distancia (el libro se titula *elegía*; la echa de menos). Su mujer ha sido siempre un misterio para él, no solo por las relaciones más o menos ocultas que ella siguió manteniendo con otras personas después de su matrimonio, a las que en este libro se alude de manera muy

tangencial, sino por la manera en que su mundo interior se manifestaba, por la manera en que tenía Iris Murdoch de aislarse en su estudio, de zambullirse en la escritura de sus novelas, de abstraerse, incluso de negarse a decir algo que no quería decir. Bayley insiste en varias ocasiones en que lo más delicioso del matrimonio es la soledad, como si por fin uno pudiese hacer lo que le diese la gana e ir a su bola, sabiendo que está acompañado por alguien que idealmente vive igual, pero la loa al desapego que hace no le impide aprovechar el punto de vista privilegiado, y en realidad muy particular, que nos da sobre una persona el hecho de vivir con ella durante decenios. El libro transmite una ambivalencia curiosa, deja a la vez una sensación de soledad y de compañía, y este quizá sea uno de sus mayores méritos. Deja un retrato privilegiado –quizá más por cercano que por perspicaz– sobre Iris Murdoch, de la que destaca su genuina curiosidad por sus semejantes y una rara bondad, pero es a la vez una invitación a que conozcamos una intimidad, en un ejercicio no sabría decir si obscuro o cordial. ~

BÁRBARA MINGO COSTALES es escritora. Su libro más reciente es *Lloro porque no tengo sentimientos* (La Navaja Suiza, 2024).

ENSAYO

No la libertad, el miedo

por **Fernando García Ramírez**



John Gray
LOS NUEVOS LEVIATANES.
REFLEXIONES PARA
DESPUÉS DEL
LIBERALISMO
Traducción de Albino Santos
Mosquera
Madrid, Sexto Piso, 2024,
208 pp.

En 1989 cayó el muro de Berlín. En 1990 en la Ciudad de México se celebró el Encuentro Vuelta, una reunión de intelectuales convocados por Octavio Paz para reflexionar sobre el futuro del mundo. En 1991

se desintegró la Unión Soviética. En 1992 Francis Fukuyama publicó *El fin de la historia y el último hombre*. La lucha ideológica había llegado a buen puerto, en adelante, no sin ciertos conflictos, la democracia liberal y la globalización constituirían el nuevo orden reinante.

El tren se descarriló. Algo pasó. En realidad pasaron muchas cosas. Surgió internet y la forma en que nos comunicamos y nos informamos. Emergió China como potencia mundial. La caída de las Torres Gemelas marcó el ingreso del Medio Oriente en la conciencia de Occidente de manera masiva y dramática. La crisis económica de 2008, la más severa desde el crac de 1929, desembocó en el populismo, tanto de izquierda como de derecha. La verdad alternativa, o lo que es lo mismo: la mentira normalizada, desplazó al periodismo tradicional. Una pandemia iniciada en China paralizó durante año y medio la economía y la movilidad mundial. Rusia, apelando a derechos de siete siglos atrás, invadió Ucrania ante el pasmo de los países europeos. El victimismo *woke* tomó por asalto la academia norteamericana y de ahí se extendió a la sociedad. Como reacción a los populismos de izquierda y el discurso *woke*, una nueva derecha agresiva y belicosa se ha encaramado a la escena mundial, con Donald Trump a la cabeza.

¿Qué pasó? Si el mundo en 1989 apuntaba a un futuro de democracia liberal, ¿en qué momento torcimos el camino?

Pasó que nos engañamos. Pasó que no supimos ver el tsunami que se nos venía encima. Confiamos en que el mundo seguiría el camino de un progreso ininterrumpido, que las libertades se abrirían paso en todas partes, por las buenas o por las malas (Irán y Afganistán como ejemplos fallidos). A pesar de que sabíamos que la historia no tiene guion, que la historia, como la evolución de las especies según Darwin, no sigue un camino ascendente sino que cambia “según

la dirección en la que sopla el viento” (Darwin, *Autobiografía*), confiamos en nuestras certidumbres. Quisimos creer. Tuvimos fe en que la libertad era lo que movía al ser humano y que esta verdad era clara para todos. No entendimos entonces que nuestra fe en la libertad no era una verdad establecida sino una creencia. Nos dejamos embaucar por el mito del progreso sin fin. Ahora pagamos las consecuencias.

La historia, lo sabemos, no sigue una trayectoria definida. Pero quisimos creer lo contrario. No era sino una fantasía “esperar que un modo de gobierno acabara desplazando a todos los demás”. El pesimista liberal John Gray (South Shields, County Durham, Reino Unido, 1948) nos lo mostró desde principios de los años noventa y hoy recuerda que nos lo dijo en *Los nuevos leviatanes*. El liberalismo basado en el cumplimiento del derecho, la tolerancia y el libre mercado “fue un experimento político que ha agotado su recorrido”. Durante todo el siglo xx pensamos que el mayor enemigo de las sociedades era el gobierno ilimitado, por lo que era aconsejable contenerlo con diques institucionales y contrapesos. Hoy los sistemas que se han impuesto en el mundo tienen una faz autoritaria. “El presunto orden liberal ha pasado a la historia”, señala Gray. “Si alguna vez hubo un sistema así, hoy ya no existe.”

Uno de los presupuestos centrales del capitalismo liberal era que el crecimiento sería ilimitado. Poco a poco el bienestar nos alcanzaría a todos. “Ese mito –afirma Gray– ya no resulta sostenible.” El capital comenzó a concentrarse agudamente, la movilidad social se detuvo, millones de personas dejaron de ver en el futuro un horizonte vivible. Las crisis económicas y el calentamiento global aceleraron ese proceso. Apareció con fuerza el populismo, término ambiguo. Término, dice Gray, “que los liberales progresistas utilizan para referirse a la reacción adversa a la

disrupción social generada por sus propias políticas”.

Comienzan a menudear los gobiernos autoritarios de izquierda y derecha. El movimiento *woke* sigue avanzando, cancelando y cortando cabezas. Pero los liberales seguimos abrazando nuestras creencias. Las sociedades liberales existieron “pero fue por casualidad y jamás hubo posibilidad real de que alguna vez se universalizaran”. Es preciso revisar los fundamentos de lo que pensamos. Sostiene Gray: “Los liberales del siglo XXI están tan incapacitados para abjurar de su fe como estaban los comunistas de entreguerras.”

No deja espacio John Gray para el optimismo, pero tampoco para la desesperación. El suyo es un “pesimismo de la fortaleza”. Así lo expone en *Los nuevos leviatanes* este liberal crítico del liberalismo. La autocrítica sigue siendo un coto reservado a los liberales. Otras formas de pensamiento ideológico y religioso rechazan la crítica y más aún si viene de las propias filas. El liberalismo la tolera y la alienta. Y el libro de Gray es profundamente autocrítico. Se vale de la figura de Thomas Hobbes, al que considera el pensador liberal más destacado, por encima de Locke, Smith y Stuart Mill. Hobbes privilegia en su análisis no el amor por la libertad sino el miedo. No idealiza al ser humano, sabe bien de qué es capaz: entre otras cosas, de matar por ideas, matar por abstracciones. Hobbes prefigura un Estado fuerte que se encargue de mantener la paz entre sus miembros por la coerción. Gray privilegia a Hobbes porque este tiene claro que el ser humano es sobre todo un animal, cuyos instintos primarios están latentes, listos para brotar en cuanto el Estado se muestre débil.

Para Gray el mal momento que vive Occidente comenzó con la desintegración de la Unión Soviética. El mundo entero siguió con atención la caída de aquel imperio y sus esfuerzos desesperados por instalar en la nueva Rusia una sociedad democrática y de

libre mercado. Ese intento fracasó. Emergió entonces el nuevo Estado ruso, caracterizado por la cleptocracia y el autoritarismo. Un Estado que utiliza la religión ortodoxa para legitimarse y encontrar sentido. Desde ese punto de apoyo justificó su invasión a Ucrania, que vino a demostrar la absoluta nulidad geopolítica de Europa, impotente y temerosa ante el embate ruso.

John Gray pasa revista a algunos puntos críticos de nuestro tiempo. El creciente poderío de China, cuyo modelo proviene no de ejemplos confucianos sino ingleses, específicamente del panóptico concebido por Bentham. Un estado de vigilancia permanente. Aborda también el peligro de los que llama hiperliberales, ideología de los millonarios dueños de las redes y sistemas tecnológicos que a través de los teléfonos celulares parecen controlar al mundo. Gray cuestiona su idea de que la ciencia podrá solucionar todos los males (el hambre, la enfermedad y hasta aplazar lo más posible o hacer desaparecer la muerte). También advierte: la ciencia puede ponerse al servicio de la locura dominante. Igualmente crítico se muestra con el movimiento *woke*, hijo del cristianismo y el liberalismo que está minando los fundamentos del sistema liberal a través de su puritanismo activo e inquisitorial.

Gray privilegia, como valor liberal, la paz por encima de la libertad ilimitada, que a su juicio conduce al nihilismo y al caos. Una paz que nos mueva a buscar Estados que nos provean de seguridad. Privilegia sobre todo el instinto de preservación. Reconoce elementos esenciales del hombre que la doctrina liberal deja de lado, como el privilegio de la absurdidad. “Si seguimos adelante es porque no podemos hacer otra cosa”, remata Gray en este libro oscuro, pero fascinante. ~

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario, consejero de Letras Libres y columnista en *El Financiero*.

En defensa del pragmatismo climático

por Manuel Arias Maldonado



Nemesio Fernández-Cuesta
NO SE TRATA DE SI ES VERDE O NO, SINO DE SI ELIMINA O REDUCE EMISIONES
 Barcelona, Deusto, 2024,
 216 pp.

Aunque sería deseable que este libro tuviera éxito, ya que presenta a la opinión pública española un enfoque pragmático de la transición energética inhabitual en nuestro debate público, ojalá que la editorial que lo publica descarte seguir titulado de manera tan prolija: no hace falta dejar tan claro que uno quiere vender. Máxime cuando el libro se defiende solo sin semejante manierismo: si bien se nota a ratos que está construido a partir de los materiales acumulados por el autor en los últimos años, entre los que se cuentan conferencias públicas y artículos de opinión, el volumen resultante posee la coherencia necesaria para despertar el interés del ciudadano preocupado por la transición energética en curso. Y tanto mejor si el lector es empresario o decisor político; pocos debates contemporáneos se han visto tan contaminados por la ideología o el *wishful thinking*. Si queremos hacer las cosas bien, el pragmatismo defendido en estas páginas resulta más que aconsejable.

Su autor, Nemesio Fernández-Cuesta, no es precisamente un recién llegado. Técnico comercial y economista del Estado, fue secretario de Estado de Energía y Recursos Minerales en el primer ejecutivo de Aznar, además de desempeñarse luego como asesor empresarial de UPyD y ocupar distintos cargos en

Repsol. De casta le viene al galgo: su padre fue ministro de Comercio en las postrimerías del franquismo y llegó a ser presidente de Petronor. De ahí que su aproximación a la transición energética se caracterice por el realismo: Fernández-Cuesta se hace cargo de la complejidad del problema que supone reemplazar los combustibles fósiles y no pierde de vista la necesidad de conjugar innovación tecnológica, legitimidad política, justicia social y eficiencia administrativa. ¡Casi nada! A diferencia de lo que sucede con los teóricos que apuestan por diseños utópicos o defienden el ucuse coercitivo como única herramienta para la descarbonización, el autor sabe que las sociedades —liberales o no— son mecanismos delicados en los que no pueden imponerse por decreto cambios de gran escala.

Su punto de partida es inequívoco: hay que reducir la cantidad de dióxido de carbono acumulado en la atmósfera. Fijado este objetivo general, ha de evitarse la tentación de vincularlo a otros de diferente naturaleza: si el problema está en el CO₂, encontremos la manera de reducirlo eficazmente sin pedir al mismo tiempo el final del capitalismo o el abrazo de la autarquía neorromántica. Nada impide a quienes prefieren ir por ese camino defender su posición en la esfera pública o la arena electoral; la deshonestidad radica en afirmar que no puede hacerse la transición energética sin transformar nuestras sociedades por completo. Demasiado a menudo se invierten los términos: quienes desean acabar con la democracia liberal o el capitalismo se sirven de la causa climática como pretexto argumental. Dado que todavía somos mayoría quienes creemos que la libertad personal es un valor irrenunciable y que solo la prosperidad hace posible la distribución justa de la riqueza, concentrémonos en reducir las emisiones para hacer que la sociedad liberal sea sostenible sin por ello dejar de ser liberal.

Para desplegar sus argumentos, sostenidos en todo momento por los últimos datos disponibles, Fernández-Cuesta divide su libro en cinco partes: la primera describe el problema y la segunda expone la solución; en las demás se ocupa de analizar los medios a través de los cuales esa solución habría de aplicarse: la política, las finanzas, los actores. Fiel a su idea de que la descarbonización exige un recto entendimiento del cambio climático, el autor dedica las páginas necesarias a explicar con afán didáctico qué son los combustibles fósiles, de dónde proceden y por qué han sido predominantes en el curso de la modernidad: en 2023, señala, nada menos que el 80% de la energía consumida en el mundo procedía de combustibles fósiles. Sucede que al consumo de energía debemos nuestro desarrollo económico; renunciar a la energía, pues, es inviable.

Pero las cosas son complicadas: las emisiones de dióxido de carbono también se incrementan si se deseca un humedal o se tala un bosque. En una medida variable según los casos, la vegetación absorbe el dióxido de carbono; y lo mismo hacen los mares. Y, a estos efectos, un tejado negro no es lo mismo que uno blanco: reflejar la luz del sol evita la concentración de calor y ayuda a reducir el calentamiento. Es algo que también hacen las nubes; según se nos explicaba hace pocos meses, la reducción del azufre en el combustible de los barcos ha reducido la cantidad de nubes bajas que estos generan, lo que a su vez incrementa la temperatura del mar. Aunque no se trata de una hipótesis demostrada, sirve para poner de manifiesto la complejidad del sistema climático y las dificultades epistémicas con que nos enfrentamos al estudiarlo.

Bajo estas condiciones, de lo que se trata es de reducir el CO₂ acumulado en la atmósfera; no hay más. Para el autor, la solución está en

la tecnología; y tiene razón. Sin embargo, no se trata de decidir por anticipado qué tecnologías son las apropiadas, como hace la Unión Europea cuando señala al coche eléctrico como el destino ineludible de la industria automovilística, sino que procede crear el marco regulatorio y financiero que permita el buen funcionamiento de un mercado competitivo y orientado hacia la innovación. ¡Más Schumpeter y menos planes quinquenales! Ese habría de ser también el criterio para el uso del dinero público: si se electrifican los usos domésticos de la energía, señala por ejemplo Fernández-Cuesta, ¿tiene sentido subvencionar el aislamiento térmico de los edificios? No en vano, suele cometerse el error de ayudar con dinero público a los consumidores con mayor renta, pese a que lo único razonable es limitar los pagos directos —a ser posible por adelantado— a quienes menos recursos tienen para hacer su propia transición energética. Ni que decir tiene que estas ayudas son imprescindibles para evitar la percepción de que el cambio climático lo pagarán sobre todo quienes menos tienen; una percepción que, como es natural, incrementará el voto en favor de los partidos menos proclives a acelerar la transición energética. Fernández-Cuesta es realista: iremos más despacio de lo que habíamos creído. Porque tiempo es lo que necesitan las tecnologías, los reguladores, las administraciones públicas, las empresas y los consumidores. El lector encontrará en el libro una discusión detallada de las tecnologías disponibles, así como de sus limitaciones y obstáculos.

Menos entretenido es el capítulo dedicado a la política climática europea, que recibe las críticas del autor por su carácter dirigista y autolesivo: aunque haya empezado por fin a introducirse cierta mesura en la regulación comunitaria, el influjo del ecologismo radical estaría poniendo en riesgo la competitividad

de la industria continental y con ello —aunque no siempre sepa verse— la popularidad de la causa climática. El encarecimiento previsto en los billetes de avión, por ejemplo, compromete el vigor del sector turístico español; apostar por el coche eléctrico sin poseer ninguna ventaja competitiva se antoja un error garrafal. En líneas generales, Fernández-Cuesta prefiere la aproximación estadounidense: de una parte, libertad de mercado en el marco de una regulación que no discrimina entre tecnologías; de otra, créditos fiscales a diez años para incentivar la inversión privada y subvenciones directas a familias de renta media y baja. Habrá que ver si el gobierno federal mantiene este enfoque durante la presidencia de Donald Trump.

Su regreso al poder es asimismo un obstáculo para la aplicación del sano pragmatismo geopolítico defendido por el autor: sugiere que nos olvidemos de las multitudinarias conferencias sobre el clima y busquemos en cambio el acuerdo entre los pocos actores —Estados Unidos, China, India, Unión Europea, Japón y Corea del Sur— que concentran el 60% de las emisiones; si a ellos se suman los petro-Estados —Australia, Canadá, Sudáfrica y Colombia—, ya se alcanza el 80% de las emisiones mundiales. España tiene una buena oportunidad: como subraya Fernández-Cuesta, buen conocedor del paño nacional, el aprovechamiento del sol y el viento pueden convertirnos en un país con abundante energía barata siempre y cuando se hagan bien las cosas. Eso, claro, está por verse; como casi todo lo demás. La buena noticia es que este libro oportuno y didáctico permitirá a cualquier ciudadano saber a qué atenerse en las décadas venideras: no es poca cosa. ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. En 2024 publicó *(Pos)verdad y democracia* (Página Indómita).

ENSAYO

Historia e imaginación

por Pedro Rújula



Jordi Canal
 CONTAR ESPAÑA. UNA
 HISTORIA
 CONTEMPORÁNEA EN
 DOCE NOVELAS
 Madrid, Ladera Norte, 2024,
 215 pp.

Durante el siglo xx la historia se esforzó por hacerse un hueco entre las ciencias sociales. Para ello adoptó muchos de los formalismos propios de las disciplinas experimentales y cuantitativas abandonando con frecuencia la narratividad para cortejar un lenguaje que se presentaba como más preciso y riguroso. No logró su objetivo de ser considerada una más entre las ciencias, pero lo que sí consiguió fue alejarse cada vez más del público que había recurrido a la historia como una fuente de historias que le ayudaban a comprender el mundo mediante una inmersión veraz y sugerente en el pasado.

Desde entonces han ocurrido muchas cosas que han transformado la disciplina histórica, entre ellas una nueva actitud ante la historia como escritura y como relato. Uno de los primeros historiadores españoles que llamó la atención sobre el callejón sin salida al que había llegado la historia en su pretensión científicista fue el profesor de la EHESS de París Jordi Canal, cuyas reflexiones quedaron reflejadas tempranamente en diversos artículos y en un libro recopilatorio titulado *La historia es un árbol de historias. Historiografía, política, literatura* (Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014), donde ya había expresado con rotundidad que explorar las relaciones entre literatura e historia resultaba una tarea indispensable para el historiador.

En *Contar España. Una historia contemporánea en doce novelas*, este

historiador fino y cosmopolita, que frecuente con igual altura las síntesis sobre la historia de España o Cataluña que se adentra en investigaciones de caso sobre el carlismo o el exilio, ha dado un paso más allá. Nos ha situado ante la evidencia de que entre contar ficciones y contar hechos del pasado hay un claro denominador común, que es el contar. Y, entre contadores de historias, hay mucho que aprender, tanto en aspectos relativos a la técnica narrativa como en cuestiones de elaboración literaria de los contenidos. Y para demostrarlo nos propone doce novelas a través de las cuales, como si subiéramos una escalera hasta el presente, se construye una historia contemporánea de España.

La selección es impresionante. Todas son auténticos monumentos literarios que, desde la perspectiva histórica, no hacen sino crecer. Podría haber algunas dudas con la selección de obras, por ejemplo respecto a las del padre Coloma o de José María Gironella, pero el autor las solventa de manera inmediata poniendo en relación el interés de su contenido histórico con las razones que hicieron que estos libros apasionaran a los lectores contemporáneos y se convirtieran en superventas.

Así pues, partiendo, como casi no puede ser de otra manera, del Galdós que explora el surgimiento de la conciencia nacional española en la Guerra de la Independencia, la propuesta nos lleva al Unamuno del conflicto carlista en *Paz en la guerra* y, de ahí, a Emilia Pardo Bazán y al caciquismo reflejado en *Los pazos de Ulloa*. Después, con *Pequeñeces*, del jesuita Coloma, se dirige al violento cambio de siglo barojiano de *Aurora roja* para adentrarse, a continuación, en la fascinante tragedia africana contada por Sender en *Imán*. *Los cipreses creen en Dios*, de Gironella, da pie a tratar la guerra civil española, y el exilio posterior es introducido por *Campo francés*, de Max Aub. Con *Veinte años y un día* de Semprún se aborda el

franquismo y *Anatomía de un instante*, de Cercas, sirve para abordar los momentos iniciales y más críticos de la Transición. Concluye el recorrido con la gran novela de la especulación inmobiliaria, *Crematorio*, de Chirbes, y la que supo captar la cara del terrorismo desde la mirada las víctimas, *Patria*, de Fernando Aramburu.

El libro es un ensayo en el que el historiador dialoga con una idea que le resulta familiar, pero que no está definida, la de que en el corazón de la historia existe un lugar habitado por la literatura. Para demostrarlo propone al lector un recorrido a través de las dos últimas centurias del pasado español en el que combina la imaginación literaria de grandes obras y destacados autores con la interpretación histórica. No se trata de novelas coetáneas a los hechos que relatan, ni tampoco verdaderas novelas históricas, ya que muchas de ellas fueron compuestas demasiado cerca de los acontecimientos para que fuera necesaria una reconstrucción artificial del contexto histórico. Lo importante es la exploración de ese pasillo de conexión que vincula la ficción literaria con la voluntad del historiador de ofrecer una lectura comprensiva del pasado sin renunciar a los fundamentos críticos y al rigor historiográfico que constituye la base de su oficio.

Al final del recorrido, tras el diálogo con las doce novelas, el ensayo transmite al lector la evidencia de que no hay historia sin relato, lo que pone en relación a la historia con los otros relatos que sirven para entender al hombre, sus sentimientos, sus ambiciones, en realidad para entender todo aquello que explica su vida desde la perspectiva individual y social. De ahí que para interpretar este universo sea indispensable la imaginación, pues como demuestra con mucha solvencia y amplios recursos Jordi Canal, “para intentar reconstruir lo supuestamente real necesitamos imaginar. Acaso alguien prefiera hablar de conjeturas, incluso

de hipótesis, pero en el fondo estamos tratando de imaginar”. ~

PEDRO RÚJULA es catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Zaragoza. En 2023 publicó *Religión, Rey y Patria. Los orígenes contrarrevolucionarios de la España contemporánea (1793-1840)* (Marcial Pons).

LITERATURA

La prosa inédita de Ernesto Cardenal

por Virginia Valacloche



Ernesto Cardenal
PROSAS DISPERSAS
Madrid, Fundación Banco
Santander, 2025, 456 pp.

En enero se cumplieron cien años del nacimiento del poeta, escultor y sacerdote nicaragüense Ernesto Cardenal (1925-2020). Fundación Banco Santander, a través de su Colección Obra Fundamental, ha reunido en *Prosas dispersas* cincuenta textos de no ficción —la mayoría de ellos inéditos— y un cuento, “El sueco”.

El volumen va acompañado de nueve piezas sonoras del artista Niño de Elche. Luce López-Baralt, escritora, catedrática de literatura española y árabe en la Universidad de Puerto Rico y amiga del poeta, prologa esta edición, y Juan Carlos Moreno Arrones, investigador del Instituto Cervantes en Pekín, introduce el volumen.

Prosas dispersas ofrece breves ensayos, crónicas y textos autobiográficos inéditos que invitan a profundizar en la relación entre la ciencia y el espíritu, lo místico y lo cósmico, la literatura y la cultura. Incluye semblanzas de Lao Tse, Heráclito o el mentor

de Cardenal, Thomas Merton, así como de Rubén Darío, Neruda, Rivas o Urtecho, sin olvidar la utopía que intentó llevar a cabo en la comunidad de Solentiname.

Nacido en una familia conservadora, Ernesto Cardenal se unió a la teología de la liberación. “La paradoja es que, de 1966 a 1979, este poeta y hombre de la Iglesia, retoño de una gran familia conservadora y devenido miembro del FSLN, movilizó aureolas por completo tradicionales: el prestigio del poeta en la patria de Rubén Darío, el del cura en un país eminentemente católico y la pertenencia a los mejores medios sociales para legitimar la acción revolucionaria, subrayando la convergencia entre cristianismo y marxismo”, escribió Gilles Bataillon.

Participó en la Revolución sandinista y fue ministro de Cultura entre 1979 y 1987, pero acabó abjurando del movimiento. En palabras de Bataillon, como “uno de los grandes poetas-teólogos del siglo”, “denunció a estos nuevos faraones”, el gobierno Ortega-Murillo. Fue amonestado y suspendido en su ministerio por el papa Juan Pablo II y readmitido por el actual papa Francisco.

Cardenal definía su poesía como “objetiva, narrativa, anecdótica. Hecha con los elementos de la vida real y con cosas concretas, con nombres propios y detalles precisos y datos exactos y cifras y hechos y dichos”. Para José Miguel Oviedo, escribía una “poesía de lo real, un desprendimiento verbal del mundo objetivo [...] Cardenal dice, no canta; expone, no compone”.

El crítico Cruz Flores ha destacado “la voz que desarrolló a partir de los años setenta, rica en discursos históricos, místicos y científicos, donde podemos encontrar una visión de Latinoamérica correspondiente al sueño de un continente unido e igualitario, decorada por una curiosidad incesante por el mundo natural y por una forma de escribir que bordeaba lo documental, lo narrativo y lo periodístico”. Para él, “por su forma de escapar del ‘Yo’, de apelar a una unicidad de origen tan político como místico, considero que Ernesto Cardenal es el último latinoamericano en cuya poesía se puede decir con toda seguridad que Dios existe”.

Además de esa especie de autobiografía intelectual a través de sus mentores, en estas *Prosas dispersas* figuran

algunas de las preocupaciones centrales de Cardenal, como los derechos de los pueblos indígenas o nuestra relación con la naturaleza: “Se ha privatizado la Tierra prometida”, escribía.

No estaba exento de humor. Un ejemplo es su célebre poema “Me contaron”: “Me contaron que estabas enamorada de otro / y entonces me fui a mi cuarto / y escribí este artículo contra el gobierno / por el que estoy preso.” Ese sentido de la paradoja aparece en otro de los textos del volumen:

El hombre es un animal que aprende. La ostra de hace cincuenta millones de años es la misma de los restaurantes. Pero nuestra revolución es aprender. No es una evolución biológica sino cultural. Pasamos de ser monos en los árboles a hacer rascacielos.

Los insectos no inventan cosas nuevas. Las hormigas están bien organizadas pero no aprenden. El lenguaje de las abejas tiene millones de años, pero entre nosotros ya nadie sabe hablar sumerio. ~

VIRGINIA VALACLOCHE es poeta y crítica literaria.

